



CARDUMEN

Eduardo González



CONSEJO
EDITORIAL

CARDUMEN



Eduardo González

Manolo Jiménez Salinas
Gobernador Constitucional del Estado

Esther Quintana Salinas
Secretaria de Cultura

Juan Salvador Álvarez de la Fuente
Subsecretario de Cultura

Javier Fuentes de la Peña
Director del Consejo Editorial del Estado

© Gobierno del Estado de Coahuila de Zaragoza
© Secretaría de Cultura
© Consejo Editorial del Estado

Cardumen
Eduardo González



CONSEJO
EDITORIAL

Cuauhtémoc sur 349, Zona Centro
Saltillo, Coahuila

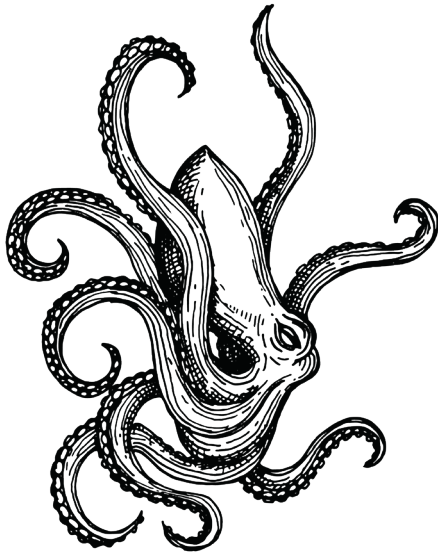
Edición y corrección: Patricia Colunga Romero
Diseño: Estefanía Nicté Estrada
Asistente de edición: Alba Alicia Martínez Jiménez

ISBN: 978-607-29-6375-7

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

Impreso en Saltillo, Coah., México, en enero de 2025

Cuán fúnebre he de ser,
que ni la muerte se asoma
por mi ventana.





Contenido

Presentación	7
Prólogo Dr. Carlos Recio Dávila	11
Ironía	15
La celda	17
El día en que ella murió	18
Dalia	21
Detrás del plató	23
Cenizas de un oscuro dolo	25
Tres copas y un averno	26
En puño y letra del usurpador	27
El artista y su sinfonía	29
Tarde de campo	31
Montenegro	33
Nocividad inherente	35
Abrigo	36
El son que a tus pasos abandonó	38
Verbena	40
Reloj de arena	42
Seda testigo	44
Para ellos dos	46
Evocatio	48
En busca de un postor	50
Copa carmín	52
Los discípulos de la calle	54
De las rosas no se vive	56
Tercero en discordia	58
Tanto en hoja, así en epitafio	60

Presentación

La poesía acompaña al ser humano desde el origen del lenguaje. Según su definición, se caracteriza por ser la más depurada manifestación de los sentimientos, emociones y reflexiones en torno a la belleza, el amor, la vida o la muerte... La poesía no son sólo palabras que se plasman sobre el papel, más bien es una forma de ver el mundo.

Cuando la poesía nos atrapa, se ve la vida de otra manera. Se distingue la belleza que hay en lo sutil, en aquello que antes veías, pero no observabas. Al leer o escribir poesía no volverás a ser el mismo de antes. Te acostumbrarás a ir descubriendo esos tesoros ocultos en el diario vivir.

La mayoría de los jóvenes no se atreven a leer o escribir poesía porque la consideran aburrida o cursi. Sin embargo, hay quienes han encontrado en ella una manera de expresar y darle sentido a lo que sienten. Así lo hace el joven poeta saltillense Eduardo González, quien ha encontrado en este género literario la manera de expresar y darle sentido a sus emociones.

En la vida existen momentos de caos e incertidumbre y parece que todo está en nuestra contra. Es en esas profundidades cuando la poesía puede servir

como el mejor aliado para enfrentar la traición, el duelo, el desánimo, la melancolía, la soledad. Estos temas que están presentes en las 25 composiciones que conforman este bello libro titulado *Cardumen*, obra con la que debuta este joven valor de las letras coahuilenses.

Eduardo González eligió ese nombre para su poemario porque para él “al igual que los peces que nadan juntos en el mar, los seres humanos nos movemos en medio del caos, condicionados por nuestras circunstancias, emociones y vínculos. Nos desplazamos juntos, a veces con rumbo, otras veces arrastrados por corrientes impredecibles. Así como un cardumen se adapta y sobrevive en su entorno, también nosotros nos enfrentamos a la incertidumbre y el flujo constante de la vida”.

Su poesía se nutre de la realidad, pero ésta posee un espectro tan amplio en donde también cabe la imaginación y logra convertir en creación literaria lo que hace latir apasionada o nostálgicamente su corazón. El autor tiene también el elemento común que existe entre los poetas: la pasión, fuerza interna que exige expresarse sin temor porque las letras pueden ser ese ejercicio del espíritu.

La literatura coahuilense se enriquece con publicaciones como *Cardumen*, producto del esmerado quehacer de esta nueva pluma que se suma a las voces ya conocidas en el ámbito literario de la entidad.

El Gobierno del Estado de Coahuila de Zaragoza, a través de la Secretaría de Cultura y de su Consejo Editorial, publica y difunde esta obra en cumplimiento a su compromiso de promover a los creadores coahuilenses, cuyo trabajo enriquece el panorama cultural de nuestra tierra. El Consejo Editorial agrega a su nómina de autores el nombre de Eduardo González augurándole una fructífera y larga trayectoria en el mundo de las letras.

Javier Fuentes de la Peña

Director del Consejo Editorial del Estado

Prólogo

La expresión artística por medio de la palabra escrita no sólo es la materialización de los sentimientos, sino también un compromiso con la realidad. Se trata de un fructífero encuentro con el mundo, un testimonio de vida del autor, que entra en sintonía con el destinatario.

Como género literario, la poesía es producto de una profunda sensibilidad que se manifiesta a través de usos particulares del lenguaje en el cual se hacen presentes figuras literarias como las metáforas, comparaciones, hipérbolos y perífrasis. De esta manera, el encadenamiento de ideas lleva al lector a una recreación de sensaciones e imágenes.

Estas características emergen en esta obra de Eduardo González: *Cardumen*. En ella, se revive el espíritu romántico que intenta encontrar su lugar en un sitio diferente, en un tiempo distinto; en una palabra, busca la libertad. Esta orientación puede inferirse a partir de las ideas vertidas, y de otros elementos como la liberación de la métrica en los versos, así como la selección precisa de las palabras que llevan a generar en el lector emociones particulares.

En los poemas aquí presentados permean ideas como la melancolía, la imposibilidad de una relación o de un cambio, la resignación ante el destino, el desencanto,

la muerte en distintas formas e, incluso, un amargo optimismo. Algunos títulos dan ya idea de esos conceptos: “El día en que ella murió”, “De las rosas no se vive”, “Ironía”, “Tercero en discordia”, “Tanto en hoja, así en epitafio”. Y en todos hay una autenticidad que sublima cada escena, cada acontecimiento.

En algunas poesías, el autor se preocupa por alejarse de conceptos poco comunes, y las frases llevan a despertar imágenes mentales o acústicas magistrales por las que transita el lector.

Jorge Luis Borges afirmaba tener la sensación de que cuando escribía algo, ese algo preexistía. El autor argentino señalaba que partía de un concepto general, del que sabía más o menos el principio y el fin, para ir luego descubriendo las partes intermedias, y le daba la impresión de que esas partes no dependían de su arbitrio, sino que las cosas eran ya así y que su deber como poeta era encontrarlas.¹

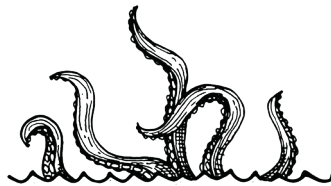
Así, las creaciones de Eduardo González que integran esta obra han surgido de los rincones lóbregos de su mente; aunque tal vez, de acuerdo con las ideas de Borges, han sido una serie de hallazgos que la vida cotidiana le ha ofrecido y que han sido vestidos por él, con las palabras que llevan a elevar las ideas a una condición artística. En todo caso, *Cardumen* se trata de un generoso esfuerzo por transmitir aquello que forma parte de su ser más profundo, de sus observaciones, de sus

¹ Jorge Luis Borges (1980), “La poesía”, en *Siete Noches*. Conferencias. Buenos Aires, Emecé p. 149.

reflexiones; un todo que rodea su vida, de manera organizada, precisa y oscura.

En la poesía, diría Croce, cada palabra es una expresión en sí misma. De esta forma, en los poemas de este libro, cada concepto está ubicado exactamente en el lugar que le corresponde y la articulación de las ideas a través de las palabras y de las frases, logra despertar una emoción estética de manera ineludible y admirable.

Dr. Carlos Recio Dávila



Ironía

La muerte dota de vida a la vida misma.
Los relojes marcan un principio y,
también,
un final.

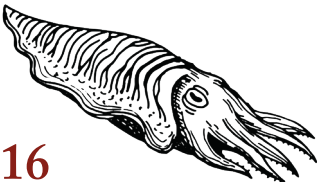
La noche es ausencia de día
y el día,
ausencia de noche...
¿Qué hay en medio?

La maldad es del hombre una prenda;
el abrigo del hombre es la moral.
¿Qué hay en medio?

El amor es gota en aridez
y la aridez es constante en el amor.
El ruido tiene tintes de silencio
y el silencio tiene tintes de ruido...
¿Qué hay en medio?

La religión nace de la nula esperanza y
¿la esperanza nace de Dios?
¿Qué habrá en medio?

No lo puedo descifrar,
tengo la cuerda;
la opción de encontrar un cielo,
mas lo que hay en medio es lo que a estar me incita,
pero, a su vez, es mi muerte en vida.
Fuego es calor y quemadura... ¡Qué ironía!

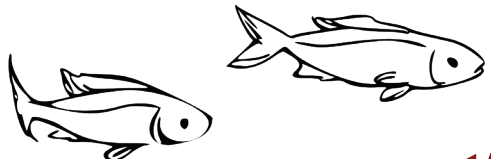


La celda

Podría llenar de tinta este libro,
llenar de penas cada hoja;
llenar de versos la noche.

Porque cada vez que veo la vela apagada,
me veo ahí;
porque cada vez que hay un vidrio roto,
¡me veo ahí!

Estoy preso por frustración en una cárcel de mentiras,
preso en un rincón de agujas al corazón.
Soy una simple hoja empujada por la tribulación;
una seca hoja que de su árbol cayó;
¡un ruin esclavo de lo que fue!



El día en que ella murió

El día en que ella murió,
te perdí a ti,
me perdí a mí.

¿Cómo regresar esas caricias al corazón?
Ahora,
me encuentro sollozando;
ahogado,
como pez fuera de mar.

Para este golpe,
no tuve un pecho sereno,
un golpe de mar que flageló hasta mi último hueso,
nunca esperé este deceso.

Ella partió,
en un sentido literal,
lo que más amé.
Una relación,
un equipo,
una sociedad,
se terminan si ella no está.
El día en que ella murió,
te perdí a ti,

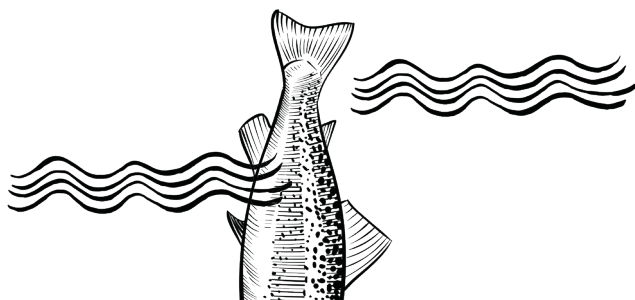
y no te hablo de alguien más,
te hablo de ella,
la piedra medular de lo nuestro,
nuestro cimiento.
“¿Por qué murió?”,
“¿Cuándo lo hizo?”,
son cuestionamientos frecuentes en mí,
me aflige responderlos,
porque no sé ni el cómo,
ni el cuándo.
Supongo que fue una degradación.

¡Qué funesto!,
quedarme en tu ayer,
de a poco,
quedarme en tu ayer,
por un silencio.

Un silencio,
o varios de ellos,
ninguna palabra,
disminuían cada vez más.
Una fotografía,
y varios metrajes,
elementos de un luto que no puedo procesar.

Se terminó,
pero más duele que haya ido terminándose,
de cuando en vez,

de vez en cuando.
Ella murió y ya no supe qué hacer,
no pudimos sanarla,
quizás ello,
de este final, nos hubiera salvado.



Dalia

Te erguías en un páramo,
eras la única flor entre agaves;
la única flor en mi aridez.

¡Apareciste aquí!
Me faltaba agua
y un oasis hacías;
faltaba sol, y luz eras tú.

Allá estás,
Dalia,
en un vergel eterno;
aquí estoy,
cactus en arena.

Añoro tus raíces junto a las mías;
cómo en nuestra tierra florecían.
Tus raíces se mudaron a un huerto ornamental;
a un jardín sin espinas,
con agua, luz
y tierra pura.

Añoro tus pétalos,
¡me arropaban!
Ahora...
¡Ahora, en mis espinas oculto aficción!
En pesadumbre y arena,
marchito yo.
Querida Dalia eterna,
eras tan afable,
hojas de terciopelo;
tallo de algodón.

Tu recuerdo vivirá hasta mi última flor,
tus pétalos moran en mis células,
dentro,
muy dentro de mí.

Detrás del plató

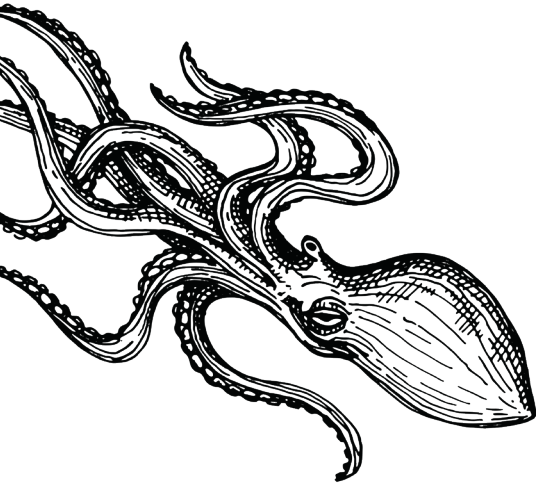
Sinfonía de luces,
un reflejo atrás del telón,
una sombra,
Y yo que, dantesco,
me pierdo entre destellos y apologías.

Los laureles son tan densos que apenas puedo soste-
nerlos,
prefiero ello
a ser un extraño en la algarabía de hitos y pleitesía,
con la que nunca he comulgado.

Pareciera un manto de gloria,
pero es un susurro persistente,
un reflejo,
mi corazón anhela la validez de cada hito,
sin que ese placer sea efímero...
Pero es mi psique la antagonista,
o ¿un ente tan sincero que hasta áspero resulta?

Me enredo en telarañas de pudor y apariencias,
me inhibo y construyo una figura con misterio,
que de “misterio”, nada tiene.

Ese mar de aplausos se abre
ante esta esencia desvanecida que pelea entre percepción
y autopleitesía,
un abismo infinito disfrazado de ambición,
o ¿de avaricia?;
es mi condena, un alma oscuramente insaciable.



Cenizas de un oscuro dolo

Tu sombra merodea y devora la esencia que une nuestro destino,
hay desconcierto en el camino,
la certidumbre yergue.

Es tu vacío creciente,
o susurros que imperaron,
un ímpetu oscuro,
en el que el honor fue nulo,
dejando tu esencia,
dejando huella.

En este afligido lienzo,
se expande una grieta,
desdibujando aquella cadencia,
diluyendo el color que antes nos envolvía.

No fue sencillo tu capuz quitar,
u oír esos murmullos que agua impura arrastraron,
aquellos que al oído predicaste a mis peores adversarios.

Te distanciaste de ruta nuestra,
que de un plural,
a un triste singular se convirtió,
marchitando un jardín,
que en vez de hitos,
sombras ahora lo alfombran.

Tres copas y un averno

En aquella velada llena de fantoches,
un ente ornamentado se me acercó,
segura estaba de su encantadora pinta,
no hice ni un solo reproche.

Se hacía llamar Isabel,
y con caricias afiladas de pasión,
al mismísimo Edén me llevó,
belleza efímera de burdel.

A mi bronco pecho hizo sentir,
con palabras y decencia;
tan falsamente sincera,
que un latido ferviente hizo erguir.

La oscura aficción hizo presencia,
cuando aquellos momentos buscó facturar,
pues descubrí que en ella y yo no había cadencia.

Esclavo soy de este menester,
saciando la carne
y a mi oscuro deseo,
el hueco aquel no se irá con placer.

En puño y letra del usurpador

Bruma del tiempo,
sombras y demonios,
le visitan,
le acompañan.

El lazo que le unía a la esperanza,
aquel que le salvaba del vacío,
aquél del que colgaban ilusiones,
quemé.

Fue la torpeza,
mi ceguera,
¡fui yo!
Ignoré sus sueños, cubriéndolos con hielo.
Usurpé su cabeza,
aniquilando su paz.

Su risa,
como quinqué en oscura vereda,
intentaba iluminar mi andén; apagado,
en sombras densas.
Opaco, dejé marcas;
diabólico,
pues de negro su vida teñí.

Miro atrás ahora,
con el corazón pesado,
tan denso,
como un barco que navega en aguas turbias,
me pierdo en el remolino de mis furias y mis culpas.

Ojalá el tiempo cure su alma,
aunque medicina no es;
ojalá mi último respiro sirva como puente redentor,
y que mis lágrimas sean la muestra de pesadumbre;
Ojalá que en mis manos, encuentre este escrito:
ferviente muestra de mi intento por transformar su
bruma en paz,
a la primavera en constante,
y a mis acciones en olvido.

El artista y su sinfonía

Las luces tenues eran,
un manto ocultaba su rostro,
un caleidoscopio marcaría sus raudos latidos,
una máscara escondía mi faz,
que alberga marcas de aversión.

Su mirada era un eclipse de oscuridad,
incertidumbre,
y desesperado alarido de conmiseración.

Sé que,
cuando su olfato estrechó aquella tela,
su consciencia tuvo la confianza de marcharse,
un reflejo de su docilidad,
que me dio la libertad de entrelazar mi obra ecléctica,
envolviendo su corazón en un abrazo frío,
despiadado,
y de su vitalidad, emancipado.

Caminante solitario,
igual que ella;
interpreté un papel acechante;
su mente,
estoy seguro,

era un paisaje de sombras y pensamientos llevados al extremo,
aquel océano su marea cristalizó,
y sus deseos se quedaron sólo en eso.

Se desvaneció en el eco de la ciudad dormida,
mientras yo,
un artista,
encontraba la manera de mi obra consumir,
pinté su faz con caricias afiladas,
permeé su ser con palabras corrosivas.

Cada filosa caricia, una sinfonía con sus alaridos creaba,
eran notas discordantes en la melodía que debía ser,
mas la vida me otorgó esta facultad de ser un director invisible,
de crear orquestas tan histriónicas;
los músicos invitados por mí me entregan sus últimas notas,
sumergiéndose en un abismo del que no hay manera de subir.
Yo le llamo “Sinfonía Maestra”,
pues aunque trae consigo muchos titulares,
coberturas,
público en general,
jamás han descubierto que de mi autoría es...
Una sonrisa en mi rostro mientras,
más de veinte, conciertos he concebido,
más de veinte, corazones he “cautivado”.

Tarde de campo

Poda esas buganvillas,
mas no les quites la raíz;
arranca dos o tres cactáceas y ten cuidado con sus púas,
no se las quites ya;
no vale la pena.

Observa bien,
entra a la casa en la colina,
observa la pedacería;
siente el olor hermético,
olfatea el destino inherente de lo que fue,
de lo que es.

Vístete
con edredón nocturno,
pretende que algo por dentro duele;
tira o vende todas las prendas,
o quémalas junto a estas palabras.

Sal y siente,
respira el aire tan profundo,
articula palabras, vociféralas cielo;
danza como si no se hubiese derramado tinta en tu papel.

Apaga cada luz,
apaga cada señal,
propicia la percepción de que nunca hubo nadie;
después de las exequias,
nadie cuestionará,
y si lo llegan a hacer:
diles que entre ramas y colgadas,
las tuyas esperanzas quedaban;
y entre mantas yugulares,
su arrepentimiento se postró.

Montenegro

Hubo anillos tirados,
enigma sin obra,
bolso abandonado,
resultado de una solitaria calle estrecha,
donde el tiempo se desvanece,
donde acechaba,
coleccionista de ánimas,
investigador hasta la médula.

Conocía bien los susurros del viento,
los secretos de la brisa,
la cadencia nocturna.
construyó albergues en los que el sosiego pernoctaba,
y evitable era el éxodo.

Su presencia se deslizaba,
como la sombra que abraza la noche sin prisa.
Con gestos sutiles,
que ocultos estaban tras un látex.
Sólo un eco delataba su caminar,

la luna era testigo,
de cómo no había testigos,
y cómo humanos inhumanos,

las ruedas derraparon,
como si las trompetas de un índigo final,
como de un “castigo”,
un castigo por no llevar a alguien más,
una condena por una simple indumentaria.
Fue así en Montenegro,
me sucedió en Montenegro.



Nocividad inherente

Andén oscuro del tiempo,
arrastra el ayer como sombra maldita,
una cadena pesada,
metal punzocortante inherente,
que envenena el alma y turba mi mente.

Me susurra secretos,
susurra verdades,
con garras de acero y lenguaje de fuego,
a mí se aferra,
me quema y se queda,
me quema y se queda.

Cómo deseo llegarle a la yugular,
borrar sus huellas,
quemar sus vestigios,
liberarme de su abrazo,
helado,
pesado,
y dejar atrás su oscuro legado.

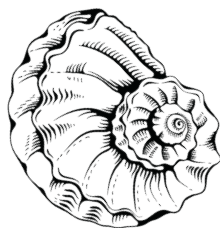
Abrigo

Esa tela desgastada se ha convertido en un refugio,
un manto que envuelve
cada fibra cuenta historias.
Cada doblez es un abrazo,
un resguardo contra el frío tan feroz,
efímero,
como el tiempo ya pasado.

Los bolsillos vacíos esconden secretos guardados,
algunas monedas y
susurros sabios,
tesoros pretéritos.
El forro interior es una capa de comprensión,
de cuero que me envuelve con su calidez,
recordando aquel olor.

Aunque esas manos ya no estén para sostenerlo,
hay una presencia que perdura en cada hilo del sobretodo,
en su apariencia
en su cadencia parda.
Este manto desgastado, te pido no deseches,
es la brecha,

es el puente,
es la cabina donde reposando sigue aún;
ecosistema de vivencias que,
como historias en un libro, se conservan.



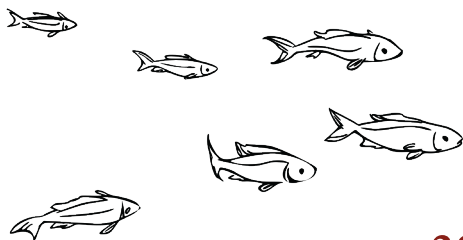
El son que a tus pasos abandonó

Mírame...
En tu faz,
la cadencia se postra,
los abrazos se dislocan,
insípida memoria ahora es...
Otra progresión guarda ahora...

Ayúdame,
préstame algunos minutos,
entrégame tus palmas,
ponlas en mi hombro.
Es esta melodía el fruto de tu alma,
es tu voz mi ritmo.

Inherente
es la pauta,
el recibo es agrio;
costoso es el pago,
en el que se suma cada paso,
cada noche de baile con esa condición.

El son te abandonó, pero aquí sigo yo,
componiendo esa canción,
esa melodía,
que atraiga tus pasos,
que algún día,
te traiga.



Verbena

El consumido envase en tu mano,
la alfombra
y tu almohada,
han sido testigos;
de esas madrugadas,
de esos llantos,
de sosas risas.

Y sé que conoces la razón,
de mi éxodo, la razón;
no era la algarabía,
mucho menos tu compañía,
era esa parte,
que guardas para los huéspedes de vacío tu pecho.

Les crees que guardan aprecio,
algo de gracia...
Y no es más que hilaridad al verte fugaz,
al verte falsamente tenaz, “plena”.

Y son más de la mitad,
quienes correrían si se enterasen que no eres así de día,
que la malta, el lúpulo

y esa “alegría”,
te dan la magia carnal,
el viaje carnaval.

Qué infame es,
mas realmente te ven,
como la verbena,
no como invitada,
cuando tus labios descoordinan,
su amistad yergue.
Pero ya sé que sabes,
sabes que sé...

Mas no sé por qué,
las luces,
la marea del domingo,
o ese contacto tan insípido,
no te hacen ver que en la copa,
no está tu abrigo.



Reloj de arena

Si la tierra donde el sol despierta,
entre montañas y campos de flor,
decidiera acabar la tinta,
vaciar el tintero,
quemar hortalizas,
donde queda el alma,
donde se postra mi valor.

Si la serena marea,
donde centro mi mirada hoy,
donde navegan las pasiones,
decidiera dejar de mirarme fijamente,
perecería en ese instante.

No haría falta que un cobarde diga blasfemias,
hacia el cielo,
si quien manda se ha vuelto blasfemia de su palabra,
no es culpar al pastor,
no es culpar al de la cruz,
que jugando cara o cruz,
selecciona al miserable y vuelve a otros afables.
Por ello, este día, esta noche,
donde medianamente me percibo,
donde apenas sabes quién soy,

he de decirte que cada paso,
cada palabra,
cada cabello,
y cada instancia,
dotaron de rosa a un pardo cielo.

No quiero que suenen las trompetas,
sin antes predicarle mi escrito,
aunque todo ya está escrito.

Siempre fui escepticismo,
mas no con aquel iris,
conductor de amaneceres,
de la portadora de dulzura.

No hay barreras que frenen el vuelo,
ni fronteras que frenen un final,
pues el cielo de azul terciopelo
dejará de vestirse.

Ya no importa la bisutería,
no importa el erudito,
aquel libro,
aquel contacto;
sólo importa que conozca,
en este último susurro al viento,
que alguna vez fue mi templo.

Seda testigo

Son las sombras,
las que se alargan en mi alma,
lo que conocí primero,
a quien conocí primero,
dejó la belleza, se apegó a la costumbre...
Cada gesto tiene su lugar,
cada palabra su injerencia, predecible.

Y más allá de los confines conocidos,
me encontró;
o encontré,
un paisaje de misterios,
oscuros,
universo de miradas susurrantes,
que expresan ímpetu.

No es una consigna insaciable ni una búsqueda desesperada,
sino un bien silencioso,
una monarca nocturna,
sin intención de romper el vidrio.

Encuentro un lenguaje nuevo,
un código de miradas y gestos
complicidad y emoción,
las palabras apenas son necesarias,
menos entre las sábanas.

Aunque este corazón esté atado por lazos antiguos,
por el diario,
por lo estable,
mi mente vive en esos horizontes,
consciente de los límites,
consciente de las cercas,
en un espacio donde las metáforas
son la única manera de nombrar lo indecible.



Para ellos dos

Soy un río desviado,
busco caminos en tierra árida.
No necesito que sugieras lo que he errado,
pues cada piedra que rozo me lo recuerda.
Las aguas termales,
antárticas se han vuelto,
turbias se han pintado.

He sido cielo decadente,
con nubes encandilantes que oscurecen el día,
la pulcritud,
la decisión.

Si te preguntan,
sé que me reconocerías como una brújula rota,
quien ha perdido el norte,
quien ha tomado de vicio navegar por el sur.



Aunque creas lo contrario, resuena en el valle de mi
mente,
cada susurro,
un recordatorio del camino errante.

Por ser el retoño extraviado,
te pido perdón;
por los senderos elegidos,
pido tu conmiseración.

Aunque no lo digas,
sé que he caído.
Cada amanecer es una oportunidad que dejé pasar,
una estrella fugaz que no supe atrapar.
Tan fugaz como yo,
tan efímero como el orgullo que a veces en ti enciendo.

Evocatio

Invoco tu nombre,
buscando en el aire
el rastro de tu aliento.

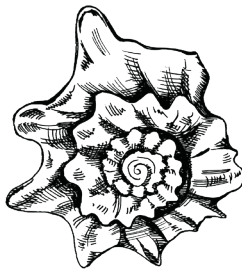
Trazo senderos en el polvo,
murmurando palabras en lenguas que no comprendo,
pero creyendo que en mi red puedo tener tu voluntad.

Encendí velas
pero la luz desvaneció
antes de tocar tus ojos.
Mis manos se cierran en el vacío,
sin alcanzar siquiera
la sombra de tu sombra.

Con cada nudo que ato,
la distancia crece,
y en el centro de mi círculo,
sólo escucho un alarido
de mi propio deseo.

No te encuentro
en mis devociones.
Tus pasos son de viento,
en mi ritual de fuego;
sólo queda ceniza.

El lazo se rompió
antes de nacer,
dejándome con manos vacías
y un corazón cargado de nada.
No puedo atraparte,
no puedo dominar
un alma que nunca fue mía.



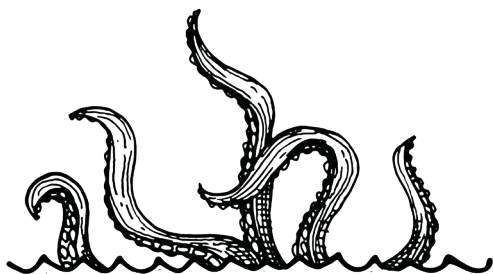
En busca de un postor

Me detengo,
en este cruce de caminos;
mi alma desgastada yace ya en mis manos,
buscando un postor, un destello de poder,
un alivio de esta carga,
un respiro en la noche.

Él emerge de las sombras,
sus ojos como brasas, sonrisa de acero,
pero al ver lo que ofrezco, su risa, amarga y cruel,
resuena en el averno.

Me murmura cuestionando si eso es lo que a trueque
traigo,
un ente tan averiado,
del que ni provecho se puede tomar.
Me menciona que es postor de las ánimas perdidas,
de los caídos,
mas no de los miserables,
mas no de los apagados.

Me alejo,
sombra entre sombras,
cargando esta piedra irredenta,
que ni siquiera él,
en su oficio,
pudo desear.



Copa carmín

Mis sueños, desmoronados,
nadan en sorbos que son un anhelo
de redención disueltos en el olvido.

Las botellas son faros apagados,
que guían mi andar danzante,
y aniquilan cualquier tipo de introversión;
cada una,
una estación en un tren que nunca llega a destino.
Borronea las fronteras de mi realidad,
pinta el mundo en tonalidades de evasión.

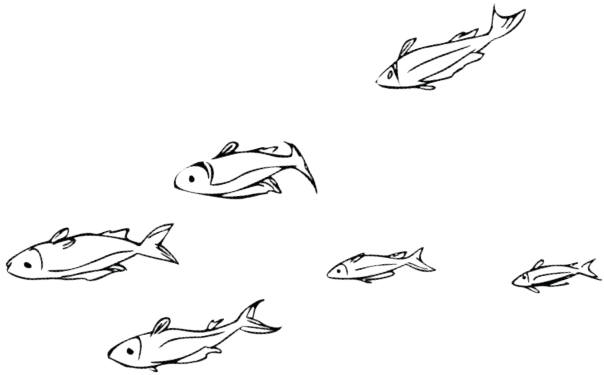
Me convierto en un espejo quebrado,
así como botella,
reflejando fragmentos de una vida sin ensamblar,
y una diversión histriónica.

Soy un caminante entre desiertos de cristal,
un oasis que se deshace al tacto de cada copa.
Carmín es mi elixir,
arrastra mis esperanzas y en la mañana las destroza,
y yo, concurriendo el asfalto y la sombra.

Cada trago es un grillete que me ata a un pasado
interminable.

Una cárcel dorada donde hay lúpulo.

Sigo esperando el alba que nunca llega,
mientras esto es un ciclo,
casi tan amargo como esa copa,
pero tan nocivo que a la parca evoca.



Los discípulos de la calle

Donde la ciudad no posa su mirada,
en las sombras de los edificios,
viven aquellos olvidados;
sus casas son bancos,
sus techos son estrellas.

El frío de la noche es su compañero constante;
el hambre,
una lección que nunca termina.
Miran al mundo con ojos que han visto demasiado,
aprendiendo a sobrevivir sin manual ni guía.

Cada día es una lucha por dignidad,
enfrentando miradas que juzgan,
palabras que hieren más que el viento helado.
Sus historias se pierden en el ruido del tráfico.

Despojados de nombres,
de identidades,
son invisibles en la multitud apresurada.
Buscan refugio en rincones oscuros,
donde la indiferencia se vuelve su mayor enemigo.

Son discípulos de una escuela cruel,
llena de escalones,
desiguales entre sí.
Una protesta no escuchada prevalece en su mirada,
un grito de ayuda no atendido.
Ellos caminan sin rumbo, pero con esperanza.

De las rosas no se vive

Sé muy bien que los adornos,
frases elaboradas
y promesas fantasma,
te han llevado a la misma cama sin un despertar.

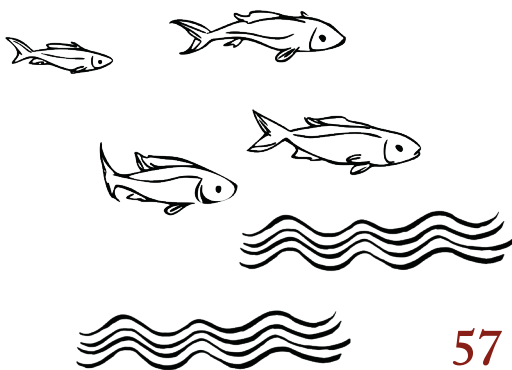
Que “tus iris son belleza”,
mas ellos desconocen su color;
que “tu elocuencia es afable”,
mas no escuchan nada de lo que dices;
o ¿qué tal “tu forma de ser es única”?, oración recurrente.

De esas rosas tú no vives porque desviven cada ímpetu
por estar con ellos;
sabes bien que el tiempo ha despojado
de su significado cada expresión que te han lanzado al oído

Y no creas que no me duele de lejos observar a cada malsano
que se muere por de tu piel ser un abrigo;
patéticamente has de estar en un juego de conversaciones
obtusas con un ruin final.

Cada noche, seguro estoy que miras al espejo con desolación,
después de quitarte ese vestido,

preguntándote si algún día alguien recordará
que amas el té de azahar,
que los colores que portas no son un azar,
y que anhelas más de lo que lo que esas noches
y sus postores pueden dar.



Tercero en discordia

Los veo desde la penumbra,
sus risas se entrelazan,
y mis palabras atrapadas en la garganta.

No es la oscuridad lo que me llama,
sino su luz conjunta,
sé que comparten un conflicto,
de no tener los sustantivos,
o los silogismos,
para denotar lo que en su pecho
yergue cada vez que conviven.

No es fácil ceder lo que nunca fue mío,
pero hay una belleza en saber cuándo ayudar,
comprender que no siempre se es el destino de alguien.

Que encuentren su propio cielo es mi anhelo,
que los sentimientos que guardan,
se tiñan de verdades compartidas.

Quizás,
estas acciones no fueron requeridas,
mas ni siquiera ustedes saben,

la valentía que yo nunca tuve,
para confesar lo que late en silencio.

Ofrezco mi sombra,
la brisa de mi marcha,
para no ser aquel tercero,
para que encuentren algo más de lo que yo sólo pude soñar.
Es en su dicha,
donde reside mi consuelo,
como el final perfecto de una historia que nunca fue mía.

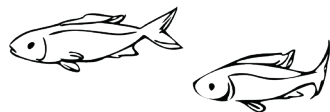
Entrego mis silencios,
mis deseos inaudibles,
no es cobardía,
sino una resolución a lo que necesita ser visto,
sentido,
en la distancia que me aleja,
en el vacío que me traga.
No pido más que su concordia,
no seré nombrado;
mas mantengo la esperanza de que,
en su abrazo,
encuentren el hogar que a mí siempre me estuvo vedado.

Tanto en hoja, así en epitafio

Soy la semilla del destino,
que trazos ha erguido,
un camino edificado
y cada palabra es un suspiro;
un latido,
una esencia impregnada en cada rincón perdido.

Reposa mi esencia añejada,
un par de rosas amarradas,
una sonrisa tan clara,
que clara es su dicha,
y ya hay letras talladas,
que susurran mi relato,
que susurran un sintagma,
una frase,
una parábola,
en la “paz” de la memoria.

Fui de la pluma del viento, amigo;
fui la figura en cada llanto.
Fui el papel envenenado,
o una cripta en prefacio,
el viento en un cirio,



o una gota de sangre dentro de tu alma,
un ente que senderos bellos sin pena desgarraba.

Soy el eco eterno,
el suspiro fugitivo.
En cada trazo,
en cada marca,
soy la esencia viva,
en la eternidad de la página,
en el reposo que no cautiva.

Fue esto encontrado en hoja,
de ser posible,
tállalo en piedra:
en una roca que lllore sangre,
que ruegue a Dios,
que pida conmiseración,
pues ya no estoy aquí,
al menos no por completo,
ya sólo eso es lo que queda para el porvenir,
ojalá al fin aniquilar la pugna entre tu sonrisa y el ayer.



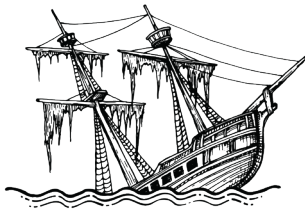
*Muchas gracias a quienes
formaron parte de este camino,
a quienes brindaron ayuda
y/o inspiración.*

Eduardo González

(Saltillo, Coahuila)

Joven escritor coahuilense cuya obra debut, *Cardumen*, marca el inicio de una carrera literaria profundamente conectada con las emociones más oscuras del ser humano. Desde niño, a partir de opacas vivencias, encontró en la literatura una herramienta para dar voz a quienes no la tienen, una forma de tender puentes hacia los rincones más solitarios del alma. Actualmente (2025) cursa el sexto semestre de la licenciatura en enseñanza y aprendizaje del español en la Escuela Normal Superior del Estado de Coahuila, así como la licenciatura en ciencias de la comunicación con especialidad en producción de medios en la Universidad Autónoma de Coahuila. Estas formaciones le han permitido entrelazar su pasión por las palabras con una comprensión profunda de los medios de expresión. Atrapado desde siempre por la oscuridad, el autor cree que, aunque es importante escribir sobre las cosas bellas de la vida, resulta esencial abordar lo sombrío, ya que ahí es donde muchas personas habitan en su cotidianidad. Su intención es brindar compañía y entendimiento a través del arte, creando obras que exploran y también abrazan los abismos de la soledad y el dolor. Con *Cardumen* entrega un poemario que resuena como un faro en el océano. A través de un estilo que combina lo barroco, lo romántico y lo creacionista, da voz a aquellos que navegan las aguas más profundas de la existencia.





Cardumen

Esta obra fue editada por
el Consejo Editorial del Estado en Saltillo, Coah.,
México, en enero de 2025.



Cardumen es un poemario que emerge como un destello oscuro que desentraña los abismos de la condición humana. Este libro se sumerge en las aguas más turbias de nuestras emociones: traición, infidelidad, muerte, duelo, pecado y soledad.

Lejos de ofrecer refugio en el optimismo fácil, *Cardumen* invita al lector a mirar de frente su propia oscuridad, a reconocerla y caminar con ella. Como calamares de cristal que nadan juntos en el caos del océano, los versos captan dolor y aceptación, recordándonos que el verdadero coraje no es ignorar la sombra, sino avanzar a través de ella.

Este poemario no promete consuelo, pero sí verdad. Y en esa verdad, quizá, una chispa de redención.